

TRANSHUMANCIA

Iván Ramírez Araya

Los tiempos que vivimos traen cambios vertiginosos que tienen al hombre con la sensación de que no cuenta con un lugar en la tierra, desconoce su entorno y el desarraigo le angustia y desconcierta. Para mantenerse necesita lo permanente, lo que periódicamente se repite, lo que le muestra que el tiempo y la vida es igual, que el ayer, como el hoy, y así será el mañana.

Nuestra zona tiene una naturaleza de cambios en la permanencia. Parece ironía pero así es, ningún cerro es igual al otro, cada quebrada tiene su particular presencia, la noche tiene una diferencia de temperatura con el día que al extranjero le hace la idea que ha traspuesto enormes distancias. Inviernos helados y a veces lluviosos contrastan con veranos cálidos y secos.

En esta naturaleza se ha creado una forma de vivir que en medio de esas violentas variaciones mantiene usos reiterados. Año tras año el mismo arreo, con las mismas cabras, similares mulas e idénticos pastores animan el paisaje seco del verano y en los cerros aparentemente estériles se divisa el piño de cabras con ubres ubérrimas que traerán el queso nutriente y apetitoso. Su paso por los pueblos y caseríos es la oportunidad en que recordamos que el ingenio del hombre y la mano de Dios se unen para traer sustento a quienes desperezamos nuestra vida en este ámbito seco, a veces hostil, pero siempre arraigador.

El arreo en las calles es tan nuestro que en la retina de cada coquimbano se encuentra el paso del cabrero por las calles en que se crió.

Extraños a lo nuestro sustentan la detestable idea de prohibir el paso de los arreos a las veranadas.

Esta trashumancia hace un todo del mar y la cordillera y es, además de una necesidad económica una tradición cultural que nos sustenta en el tiempo y nos identifica en el mundo. Aquí en este rincón de la Cuarta Región debemos elevar un santuario a nuestras costumbres; es necesario que cada hombre de esta zona se levante en defensa de lo nuestro, que en ellos imitemos a los países avanzados de Europa que cuidan el rito que los identifica y que al celebrarlo sienten reiterar su identidad. Que en ellos encarnan a sus antepasados y están cuidando a las generaciones futuras.

Los pueblos que no se asientan en sus tradiciones olvidan su historia, desconocen lo que son y su destino es disgregarse para hacer que otros pueblos con historia y tradición les avasallen y superen.